

Miguel Ángel Pardo

Índice homilias

Diciembre 2014

Jesús, lleno de la alegría del Espíritu Santo	2
Confiad siempre en el Señor.....	4
II Domingo de Adviento.....	6
Solemnidad de la Inmaculada Concepción.....	8
Testigos de la Luz.....	10
Hágase tu voluntad	12
IV Domingo de Adviento	14
Felices Pascuas	15
San Esteban, protomártir	17

Jesús, lleno de la alegría del Espíritu Santo

Martes, 2 de diciembre de 2014

Textos: Is 11, 1-10; Salmo 7; Lc 10, 21-24

La Iglesia nos regala el don de la Palabra de Dios para caminar en el Adviento, como en todos los tiempos litúrgicos pero, especialmente, la Iglesia nos pone la luz en este camino donde vamos hacia Navidad.

Hemos escuchado una lectura larga, preciosa, de Isaías capítulo 11 que anuncia al Mesías, al que va a ser ungido por el Espíritu Santo y va a estar lleno de sus dones, al que va a traer la salvación y la paz a la tierra, y al que va a traer un don especial, el texto dice: *«toda la tierra se llenará de la ciencia, del conocimiento de Dios como las aguas llenan el mar»*.

Y este tema es el que narra el evangelio, nos presenta a Jesús ungido por el Espíritu Santo, y esa presencia del Espíritu en el Señor tiene un fruto, y es que lo colma de alegría y lo impulsa a alabar al Padre: *«Te doy gracias Padre porque revelas tus secretos a los sencillos, a los pequeños, a los que se dejan enseñar por ti. Este es el camino que tú has elegido para hacer las cosas, este ha sido tu beneplácito, tu voluntad»*.

Después dice el Señor que Él ha venido para dar a conocer al Padre, porque *«sólo el Hijo conoce al Padre y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar»*. Y termina diciendo el Señor *¡dichosos y felices bienaventurados los que ven y oyen al Señor!»*

¡Y diríamos más nosotros! Porque superamos a los que escucharon al Señor, porque nosotros vivimos con el Señor después de haber redimido al mundo, después de haber muerto y resucitado. **Y aunque no lo vemos vivimos con Él.**

Desde aquí, en este Adviento ¿qué nos dice el Señor? Lo primero que nos dice el Señor es que nosotros hemos sido ungidos en el Bautismo, hemos recibido la vida de Dios, **estamos habitados por la Trinidad y el Espíritu Santo es el que mueve toda nuestra vida cristiana desde dentro.**

– **Enseñados por el Espíritu.** Deberíamos aprender a dejarnos conducir y llevar por ese Espíritu que habita en nosotros, cuya plenitud hemos recibido en la Confirmación. Él es el que nos enseña todo y el que nos hace conocer a Dios desde dentro. Es el que recibiendo las palabras y el conocimiento de Dios que nos ha dado Jesucristo, **desde dentro nos enseña:** *«Yo os enviaré el Espíritu y os enseñará todo lo que yo os he dicho»*, dice Jesús en la Última Cena.

– **Ungidos por el Espíritu,** es estar llamados a conocer a Dios. Y ¿cómo conocemos a Dios? Conocemos a Dios en Jesucristo. **Y la primera gran tarea para conocer a Dios es mirar a Jesús.** Esta es la gran tarea, salir de nosotros mismos y mirar al Señor, porque el Señor en los misterios de su vida nos ha dado a conocer a Dios. El Espíritu Santo es el que nos prepara para poder llegar a esta gran obra admirable: **contemplar a Dios hecho hombre por nosotros.**

Y por eso, dentro del camino del Adviento tenemos que descubrir una cosa fundamental, ¿quién ha preparado la humanidad para recibir a Dios hecho hombre? El Espíritu Santo.

¿Quién prepara la humanidad para recibir de nuevo a Jesús? El Espíritu Santo. ¿Quién es el gran protagonista oculto de todo el Adviento? El Espíritu Santo.

Porque tenemos unos testigos, tenemos a los profetas, sobre todo a Isaías, que llamamos el quinto evangelista, luego tenemos los testigos cercanos a Jesús, a Juan el Bautista, la Virgen María, san José y todo lo que rodea la llegada del Señor. **Pero el maestro, el guía, el protagonista, con las palabras que usa la Escritura, el precursor, el que va delante de Jesús preparando el camino: es el Espíritu Santo.**

Espíritu del Señor, Espíritu Santo consolador, te pedimos en este día que tú muevas nuestro corazón, para que seas tú quien nos guíe en este Adviento, para que podamos salir al encuentro con el corazón abierto a Cristo que viene, para que podamos acogerlo. A ti nos encomendamos para que tú seas el precursor del Señor.

Que así sea



Confiad siempre en el Señor

Jueves, 4 de diciembre de 2014

Textos: Is 26, 1-6; Salmo 117; Mt 7, 21.24-27

«**Confiad siempre en el Señor, que Él es la Roca perpetua**». Esto es lo que nos ha dicho el profeta Isaías, unas palabras maravillosas pero llenas de exigencia para nosotros. «**Confiad siempre en el Señor**». Es decir, no una vez, no un día, sino **confiar ¡siempre!**

Ese momento, donde el Señor conquistó de tu corazón algo que sólo tú le puedes dar, que es tu confianza en Él. Eso ¡mantenerlo siempre! A ese estado, a ese lugar donde el Señor te llevó y que fue obra de su gracia, mantenerte ahí toda la vida, en todas las cosas, en todas las circunstancias y en todas las situaciones.

Y cuando uno hace eso ¿qué pasa? Pues que es santo. Fijaos que cosa más sencilla. Esto quiere decir, que confiar siempre y en todo no es fácil, ni mucho menos, pero eso es precisamente lo que el Señor trata de conseguir de nosotros. De hecho, **hay que confiar siempre en el Señor porque Él es la Roca perpetua.**

Dios para explicarnos quién es usa muchas imágenes, nos dice muchas cosas, hace afirmaciones y luego busca un símil. Una de las imágenes es la Roca. La Roca quiere decir el lugar donde tú puedes edificar algo, es terreno firme que no falla. ¿Quién es Dios para mí? Dios es la Roca que está esperando que todo el edificio de mi vida lo levante sobre Él.

Y es así como damos gloria a Dios. No damos gloria a Dios diciendo sólo ¡bendito seas! Sino que: «**tú que eres bendito, eres Dios, y eres para mí la Roca la que yo edifico todo, de manera que nada en mi vida quede fuera de la Roca que eres tú**». Roca perpetua, para todo momento, para todas las situaciones y para todas las circunstancias. ¡Así se prepara la Navidad! Por eso la liturgia nos pone este texto en el camino del Adviento.

El Espíritu Santo es el gran precursor, es el que va delante de Jesús preparándole el camino, como Juan Bautista. ¿Cómo ha preparado el Espíritu Santo la llegada de Jesús? **Haciendo un pueblo de pobres**, los pobres de Yahveh, los pobres del Señor. Y ¿quiénes eran los pobres del Señor? **Los que confiaban plenamente en Dios, y sólo en Él esperaban la salvación.**

Y el ejemplar, el fruto excelso de ese pueblo de los pobres de Yahveh, de los pobres del Señor, se llama la Virgen María, el fruto maduro de ese pueblo de ese resto de Israel⁽¹⁾ de ese resto que no confiaba en los ídolos, de ese resto de Israel que mantenía la fe, que confiaba en Dios y sólo de Él esperaba la salvación, el fruto es María, Inmaculada desde su concepción, llena de gracia, la que siempre y en todo ha confiado en Dios. Ella es la que nos enseña a acoger a Jesús.

Por lo tanto para poder celebrar la Navidad, para poder recibir a Jesús, tenemos que dejarnos enseñar por el Espíritu Santo y cogernos de la mano de la Virgen, que fue la que recibió a Jesús. ¿Qué es lo que quiere hacer el Espíritu Santo en este Adviento? Nos pregunta ¿cómo andas de confianza en el Señor? El Espíritu Santo nos dice hoy: «**tienes que confiar siempre y en todo, y apoyarte siempre en el Señor, en todo lo que vivas, en todo lo que hagas**». Y si ves que las cosas están difíciles, pues mira a la Virgen, mira a María y ella te lo enseñará todo.

Te damos las gracias, Señor, en esta tarde, porque a través del Espíritu Santo, haces brotar en nuestro corazón el fruto que más deseas, que es nuestra confianza en ti. Danos la gracia de apoyarnos siempre en ti, que eres nuestra Roca.

Que así sea



⁽¹⁾ *Anawin, los pobres de Yahveh, el resto fiel. Sofonías 3,12; Salmo 76,10*

II Domingo de Adviento

7 de diciembre de 2014

Textos: Is 40, 1-5.9-11; Salmo 84; 2 Pe 3, 8-14; Mc 1, 1-8

«**El Señor llega**». Este es el gran misterio del Adviento, Jesucristo es el que nos ama y está viniendo siempre a nosotros, porque el Señor no puede vivir de otra manera, nos quiere de verdad y está pendiente de nosotros, está viviendo siempre en un movimiento de amor que lo hace estar viniendo a nuestra vida. El problema es que muchas veces no reconocemos esa llegada o no estamos abiertos o no estamos preparados para acoger al que llega.

«**El Señor viene**». Entonces ¿qué hacer? Hay una palabra que ha resonado hoy en el evangelio y es una palabra directa, dice: «**Preparad el camino al Señor**», lo dice Juan Bautista y lo había dicho el profeta Isaías: «**Preparad el camino al Señor, allanad sus senderos**».

El profeta usa una imagen, habla de **un camino** para el Señor. Y ¿qué es lo que tenemos que hacer? Pues darnos cuenta de que en el camino tenemos agujeros y valles que hay que rellenar, o por el contrario hay montes y alturas que hay que abajar, de manera que tenemos que aprender a ser humildes, reconociendo que no podemos ser altaneros, orgullosos, vanidosos o soberbios. Tenemos que reconocer que somos pobres, que necesitamos del Señor.

Y por otra parte, cuando vemos que hay agujeros, que hay heridas y caídas, tenemos que descubrir que es posible cambiar, que el Señor nos puede curar, el Señor llega para levantarnos de aquel lugar donde hemos caído.

«**Preparad al camino al Señor**». ¿Cómo? Haciéndonos humildes, confiando en el poder de Dios que nos puede cambiar. Por ejemplo, cuando llega alguien a nuestra casa, o algún familiar avisa que se va a quedar algunos días ¿qué es lo que hacemos? Pues prepararle un sitio en casa ¡claro! Entonces, si el Señor viene ¿tiene sitio en mi vida?

Por lo tanto, «**preparar el camino al Señor**» es **hacerle sitio en nuestro corazón a Cristo, que es nuestro Salvador**. Hoy el Señor nos llama al corazón y nos dice: «*te amo, te quiero, estoy continuamente viniendo hacia ti, pero necesito que me hagas sitio, que me acojas*».

Otra cosa importante del Adviento es madurar en la esperanza, que, entre otras cosas, **es saber esperar el tiempo de Dios**, sabemos que está viniendo, que está deseando llegar, pero a veces el no percibir su llegada nos hace anhelar más su venida. **En la vida cristiana hay que saber esperar el tiempo de Dios**.

Por eso —como nos ha dicho el apóstol san Pedro en la segunda lectura—, algunos piensan que el Señor se ha olvidado de nosotros, ¡No! Es que el Señor tiene mucha paciencia porque nos quiere salvar, ese retraso del Señor es una manera de prepararnos, de hacernos descubrir lo mucho que lo necesitamos.

De aquí que, “*a esa disposición de acogida*” y “*a ese saber esperar la llegada del Señor*”, tenemos que unir, en este Adviento, “*el examen de conciencia*”. Qué colinas y qué montes tenemos que abajar; qué valles y qué huecos tenemos que rellenar. Qué alturas y orgullos tenemos que quitar, y qué pobreza tenemos que confiar al Señor para que Él las cure.

Tenemos que descubrir cómo en las circunstancias de la vida, el Señor nos da toques, nos llama y nos hace percibir que está cercano y que llega a nuestra vida, es importante que le pidamos al Señor esa luz para reconocer su cercanía.

Hay momentos, especialmente duros y difíciles, donde tocamos nuestra pobreza y el Señor se acerca especialmente amoroso, en esos momentos el Señor está tocando la puerta de nuestro corazón, para que aprendamos a descubrirle especialmente cercano, abrirle la puerta y apoyarnos en Él. Nos puede pasar a nosotros mismo, y nos puede pasar al verlo en las personas queridas, especialmente en las personas heridas por el sufrimiento.

«Preparad el camino al Señor». Pero hay otro aspecto de este misterio, si esas palabras las miramos desde otro punto de vista. Mirando a Juan Bautista ¿qué descubrimos? **Que el Señor se quiere servir de nosotros, para preparar el camino y llegar a los demás.** Importante esto. Y uno puede decir: *«Señor, con lo pobre que me siento, con lo poco que soy, con lo mal que te dejo a veces, ¿es posible que me digas esto?»* Pues sí, ¡claro que sí! El Señor te dice: **«preparame el camino porque quiero llegar a los demás».**

Y de Juan Bautista nos quedamos con dos cosas: "vivía en el desierto" y "su manera de vivir no se podía explicar sin Dios". ¿Cómo preparamos la llegada del Señor a los demás? ¿Cómo preparamos el corazón de los otros, para que pueda llegar más el Señor? Mostrando una vida donde está Dios, con el ejemplo, con nuestra manera de vivir y cuánto más hable nuestra vida de Dios, mejor preparamos la llegada.

Y por supuesto, **hablando del Señor.** ¿Qué hizo Juan Bautista? No solo hablar, **¡gritar! ¡Gritaba!** Y ¿por qué gritaba? No porque estuvieran sordos los demás, sino que **gritaba por la urgencia.** ¿Qué es lo que más necesitan los hombres, sino a Dios? Quien ha descubierto esto y está convencido, **no puede callar y grita con el corazón.** No grita porque esté enfadado, no grita para aturdir, **sino que grita su corazón y grita al corazón del otro.**

Pues bien, **el Adviento es vivir ese grito del corazón, llamando a los hombres a descubrir y a acoger al Señor.** Con el ejemplo de nuestra vida y con la palabra, hablando de Dios abrimos caminos al Señor que está llegando.

Señor, te damos gracias, porque eres muy bueno con nosotros, porque nos amas y estás siempre cercano, estás lleno de amor y no te impones, llamas a la puerta, te ofreces y por eso nos respetas.

Señor, que este tiempo de Adviento sea tiempo de acogida, que te hagamos sitio en nuestra vida, que realmente nos convirtamos en instrumentos y portavoces tuyos, para que puedas llegar a la vida de todos.

Que así sea



Solemnidad de la Inmaculada Concepción de Santa María Virgen

Lunes, 8 de diciembre de 2014

Textos: Gn 3, 9-15.20; Salmo 97; Ef 1,3-6.11-12; Lc 1, 26-38

«**Crea en mí, Señor, un corazón puro, renuévame por dentro con Espíritu firme**»⁽²⁾. No me he equivocado de fiesta ni de tiempo. Esta frase está en medio del salmo más penitencial de la Escritura, donde el orante pide a Dios lo que ha descubierto, lo que es verdaderamente necesario, porque se da cuenta de que es pecador y que sigue pecando. Y que la solución de su condición pecadora no es simplemente corregir las faltas, sino que los pecados nacen porque tenemos mal el corazón, porque lo tenemos herido.

Y cuando queremos convertirnos y queremos cambiar, no basta luchar sólo contra las faltas concretas, sino que, muchas veces, nos damos que necesitamos cambiar por dentro. Y eso no solo es más difícil, sino que tenemos que descubrir, *–como lo descubrió el salmista inspirado por Dios–*, que necesitamos un cambio de corazón.

«**Crea en mí, Señor, un corazón puro**». Al leer el texto, sorprende encontramos con un verbo que aparece muy pocas veces en la Biblia, un verbo que aparece al comienzo de la Sagrada Escritura, es el verbo “**crear**”⁽³⁾. Cuando el salmista nos invita a rezar y dice '*crea en mí, Señor, un corazón puro*', está diciendo que Dios tiene que hacer algo como lo hizo al principio de la creación, cuando sólo estaba Dios y no había nada. Y Dios “*creó de la nada*”⁽⁴⁾, porque cambiar el corazón del hombre es algo que solo puede hacer Dios, y que exige una acción, tan grande y tan divina, como cuando Dios creó lo que existe.

Y sigue el salmista: «**renuévame por dentro con espíritu firme**». Todavía no se sabía en el Antiguo Testamento que el Espíritu de Dios es una Persona divina, y que el Espíritu Santo es precisamente aquél que hace esta obra grandiosa. Dios Padre, a través del Espíritu Santo, crea en el hombre un corazón nuevo.

«**Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne**»⁽⁵⁾. Esto es lo que prometió el Señor, a través del profeta, que sería el corazón de la Nueva Alianza. Así, durante siglos, Dios estuvo preparando a su pueblo, a la nueva humanidad para la llegada del Señor, del Salvador. Aquellos israelitas que creían en el Señor, rezaban y suplicaban a Dios: «**Señor, crea en mi un corazón puro**».

Y un buen día, ante tanta súplica, el Señor lo concedió, porque con un corazón puro nos regaló a la Virgen. Entonces empezó una nueva creación, porque en la tierra, sin que nadie lo supiera salvo Dios mismo, había una persona *–la Virgen María–* igual que cuando Dios creó al hombre en gracia y en amistad con Dios, con un corazón que todavía no había tocado el pecado.

Y empieza la Iglesia, y esta nueva criatura que ha sido hecha así por Dios, es nuestra Madre, es la Madre de la Iglesia. Esto quiere decir que “*de tal palo tal astilla*”, quiere decir que Dios al darnos a la Virgen, **sin pecado concebida y llena de gracia**, está enseñándonos lo que quiere de su pueblo, un pueblo de hijos sin pecado, llenos de Dios.

La Iglesia que es muy audaz y que sabe lo que pide, en una de las oraciones que podemos usar los sacerdotes los sábados, en el común de Santa María Virgen, dice: «**Te rogamos, Padre, que nos concedas, por la intercesión de la Santísima Virgen María, participar como ella de la plenitud de tu gracia**».⁽⁶⁾ Sólo la Virgen es Inmaculada y llena de gracia desde su concepción, pero eso no quiere decir que, si crees en el Señor, tú también estás llamado, llamada a llenarte de gracia de Dios.

Es muy importante celebrar la Inmaculada Concepción porque ¿adónde tenemos que mirar para comprender la vida cristiana? El Señor nos lo ha dicho muy claro, **a ¡María!** Lo que Dios ha hecho en ella de una manera al resto lo quiere hacer de otra, pero en sustancia lo mismo, que es cambiar nuestros corazones y llenarnos de la vida de Dios. Le damos gracias al Señor por la Virgen, por haber sido siempre fiel y le pedimos en este Adviento: «**¡Señor, prepárame!**»

¿Por qué recibió la Virgen gracia tan singular? Lo sabemos, nada más caer el hombre al principio, ella fue prometida: «**pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza**»⁽⁷⁾, es un pre-anuncio de la Virgen, y ciertamente sabemos que iba a ser la Madre de Dios, por eso fue inmaculada y llena de gracia desde el instante de su concepción. **Pero también recibió esta gracia, porque estaba llamada a ser Madre de la Iglesia y a ser tu Madre, y necesitaba una gracia muy singular para hacerte hijo/hija de Dios.**

En el corazón del sermón de la montaña, la carta magna de lo que es la vida cristiana, el Señor dice: «**Felices los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios**»⁽⁸⁾ Es feliz el que tiene el corazón puro. Vamos a pedirselo al Señor.

Hoy te damos gracias, Señor, por el regalo de la Virgen María, te pedimos que aprendamos a ser sus hijos y que por su intercesión recibamos un corazón puro.

Que así sea



⁽¹⁾ *Inmaculada Concepción de la Virgen María, Dogma proclamado por el Papa Pío IX en la “Bula Ineffabilis Deus” el 8 de diciembre de 1854.*

⁽²⁾ *Salmo 51,12*

⁽³⁾ *Gn 1,1. «Al principio creó Dios...» (creó, en hebreo, בָּרָא “bará”=dar el ser, sacar de la nada), Diccionario bíblico hebreo Luis Alonso Schökel.*

⁽⁴⁾ *Creación “ex nihilo” (termino latino “de la nada”) Catecismo de la Iglesia Católica n° 296, 327*

⁽⁵⁾ *Ezequiel 11, 19*

⁽⁶⁾ *Misal Romano, Oración colecta de la Presentación de la Santísima Virgen (21 de noviembre)”*

⁽⁷⁾ *Gn 3, 15; Ap 12, 17*

⁽⁸⁾ *Mt 5, 8*

Testigos de la Luz

Sábado, 13 de diciembre de 2014

Textos: Eclo 48, 1-4.9-11; Salmo 79; Mt 17, 10-13

Desde el jueves la lectura del evangelio nos presenta la figura de Juan Bautista, uno de los grandes protagonistas del Adviento.

Hoy la liturgia nos presenta uno de los aspectos de Juan, aquel aspecto en el que **Juan cumple y participa del misterio de Elías**. Juan cumple esa palabra que había sido dicha por Dios, *que Elías volvería*, no Elías personalmente, sino **alguien con el mismo espíritu y con la misma tarea de Elías**.

Y ¿cuál fue la tarea de Elías? Hacer que el pueblo vuelva a la fidelidad a Dios. Y ¿cuál es la tarea de Juan Bautista? Hacer volver al pueblo a la fidelidad a Dios, hacer que el pueblo se prepare para acoger al Salvador que Dios ha prometido.

En Juan Bautista encontramos dos grandes gracias: **Una singular que le hace profeta, con una vocación única en la historia de la salvación**; y por otro lado, **una vocación que le hace preanunciar la vida cristiana**, ser precursor de la llegada de Jesús. Todos los cristianos estamos llamados a ser precursores de Cristo.

Juan como profeta es alguien que ha vivido completamente vuelto hacia Dios, él se sumergió en el desierto y en el silencio –como hizo Elías–, para salir a hablar al pueblo con la palabra de Dios. Por lo tanto, como profeta ha sido portavoz de Dios, es decir, ha recibido una palabra de Dios que ha dado al pueblo, que ha dado a los hombres llamándoles a la conversión, llamándoles a acoger a Jesucristo que es el Mesías. Nosotros, ciertamente, somos profetas desde el Bautismo, pero la vocación de Juan Bautista es única.

Por otro lado, Juan tiene también una vocación de la que participamos todos. La ha resumido preciosamente el evangelio de san Juan, dice: *«él era testigo de la luz, no era la luz sino testigo de la luz para que por medio de él todos viniéramos a la fe»*. Es un resumen maravilloso de la figura de Juan Bautista.

Y ¿quiénes somos los cristianos? Los que hemos sido llamados desde nuestro bautismo a ir delante de Jesús, para que Jesús pueda llegar a los demás. Y ¿cómo lo hacemos? Siendo testigos de la luz, siendo testigos de Cristo, haciéndonos luz, dejándonos iluminar por el Señor, de tal manera que ese misterio de Elías y ese misterio de Juan Bautista, que es meterse de lleno en Dios y desde ahí salir a los otros, es lo que también tenemos que hacer.

Tenemos que dejarnos llenar por Dios, tenemos que recibir luz para darla, **a través de lo que somos, a través de lo que vivimos, a través de lo que hacemos y a través de lo que decimos**.

Señor, en esta mañana te damos las gracias por el regalo que es para nosotros Juan Bautista, te pedimos que sepamos acoger la llamada que él nos hace como profeta, y que aceptemos la llamada que nos haces a ser precursores.

Que creamos Señor, que tú quieres llegar a los demás a través de nosotros, que nos has confiado esta tarea y que nos llenemos de ti para que también seamos luz en el mundo.

Que así sea



Hágase tu voluntad

Martes, 16 de diciembre de 2014

Textos: Sof 3, 1-2.9-13; Salmo 33; Mt 21, 28-32

Terminamos hoy la primera etapa del Adviento, porque a partir de mañana comenzamos el camino inmediato para la Navidad; del diecisiete al veinticuatro de diciembre es la gran semana donde la Iglesia nos invita a prepararnos para el cercano nacimiento del Señor.

Y en esta preparación, de una manera especialísima, vamos a ver las figuras de san José y, sobre todo, de la Virgen María. Hoy os invito a que a partir de mañana, dispongamos especialmente nuestro corazón para vivir toda la esperanza, todo el deseo, todo el anhelo de la tierra, de la humanidad y de la historia, esperando la llegada del Mesías prometido. Con esta confianza vamos a pedir al Señor, que esta recta final del Adviento sea un camino de bendición para todos nosotros, y que nos disponga adecuadamente para la celebración de la Navidad.

Y desde las lecturas de hoy, y desde el salmo maravilloso como eco de la primera lectura, hemos escuchado la gran profecía en la que se anuncia el nuevo pueblo que Dios va a reunir. **El resto de Yahveh, el pueblo de los pobres de Yahveh, los que tienen toda su esperanza puesta en Dios.** Y se va a realizar el gran milagro, porque la parte del pueblo que no confiaba, que no se acercaba y que no invocaba a Dios, esos van a volver su mirada a Dios y van a terminar reconociendo que la salvación viene de Dios.

El Señor va a curar de raíz el verdadero mal del hombre que es su soberbia, su orgullo y su engreimiento. «**Arrancaré de tu interior tus soberbias bravatas, y haré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor.**» Bueno pues ese pueblo pobre y humilde que confía en el Señor se ha realizado en la Virgen, que es por antonomasia, la pobre del Señor, la que ha puesto toda su confianza en Dios.

Nosotros le pedimos hoy especialmente al Señor que arranque de nuestro corazón todo aquello que no corresponde a Él, que cure todo nuestro orgullo, soberbia, engreimiento, arrogancia para que realmente nos dé un corazón sencillo, pobre y humilde. Pero, sobre todo, un corazón que se vuelve hacia Dios, que se acerca y le invoca, que habla con Dios, que le pide, que le suplica y que espera todo de Él.

El Señor nos ha dicho lo que Él espera de nosotros, y lo que espera es que cumplamos su voluntad, que haya coherencia entre lo que decimos, lo que llevamos en el corazón y lo que hacemos en la vida. No el que dice: «**¡Señor, Señor!**» Sino el que hace y cumple su voluntad. Lo que nos separa del Señor no son nuestros pecados pasados, sino la verdad de la vida que vivimos en el presente. El Señor espera que seamos capaces de perder cualquier miedo en el momento en el que nos ponemos en sus manos, que confiemos en Él unidos a su corazón, porque el pueblo de Dios es el pueblo que cumple su voluntad.

Esta es la gran obra de la misericordia de Dios, de pecadores convertimos a hijos que viven según la voluntad del Padre, es lo que pedimos en el padrenuestro: «**hágase tu voluntad**» y es lo mismo que le dijo la Virgen en la Anunciación.

Señor, en este último día de la primera etapa del Adviento, queremos pedirte que hagas de nosotros ese pueblo verdadero, pueblo sencillo y humilde semejante a la Virgen, el pueblo que ama y cumple tu voluntad.

Ayúdanos a confiar en ti, enséñanos a invocarte y a cumplir siempre tu voluntad.

Que así sea



IV Domingo de Adviento

21 de diciembre de 2014

Textos: 2 Sam 7, 1-5.8-12.14.16; Salmo 88; Rom 16, 25-27; Lc 1, 26-38

María dijo 'sí' y cambió la historia de la humanidad. Esto es lo que acabamos de escuchar. Y aunque nos lo sabemos y lo conocemos por haberlo escuchado muchas veces, es un pasaje del evangelio que nunca nos deberíamos cansar de meditar, porque ciertamente el Señor nos enseña aquí lo más importante del cristianismo, que Dios nos ama, que quiere venir a nosotros, que tiene unos proyectos que quiere realizar en favor nuestro y para nuestra salvación, y quiere contar con nosotros para hacerlo.

Un buen día, allí en Nazaret, de manera sencilla y oculta a la mirada del mundo, Dios a través del ángel Gabriel habló con María, dialogó con ella. Le dijo lo que quería hacer y esperaba de María una respuesta. Y María con todo su corazón, con todo su ser, dijo: «**Sí, hágase en mí según tu palabra**». La que estaba recogida en Nazaret, en el silencio de su corazón y en la oración, oculta a la mirada del mundo se ha convertido en Madre de Dios, con su 'sí' el Hijo de Dios se ha hecho hombre y se ha convertido en Jesús.

Esto es el corazón del cristianismo, es Dios que viene a nosotros, que llama a las puertas del hombre para hacer lo que sólo Él puede hacer. La Anunciación de Nazaret es la puerta de la Navidad, porque la Navidad es la consecuencia del 'sí' de María. ¿Cómo podemos vivir nosotros la Navidad? Sólo la podemos vivir bien si recibimos a Jesús, si somos capaces de tener un tú a tú con Dios, si somos capaces de abrir nuestro corazón al Señor. Y cuando Dios recibe el 'sí' del hombre algo cambia en el mundo.

Fijaos, que sólo María se enteró del acontecimiento escondido en la Anunciación, aparentemente no sucedió nada pero todo había cambiado, porque Dios se había hecho hombre en sus entrañas, aunque no se veía nada. Pues ser cristiano es aprender a vivir así con Dios en la fe, porque el cristianismo empieza cuando le decimos de corazón 'sí' al Señor, y quizás aparentemente no cambien las cosas pero ha cambiado todo, porque tú le has dicho 'sí' a Dios. Y Dios ha entrado en tu vida de una manera nueva.

Hoy queremos hacerle un regalo al Señor, el regalo que más espera de nosotros, el regalo que le dio María, darle nuestro corazón y nuestro ser. Ojalá el Señor reciba este regalo de cada uno de nosotros.

María, Madre nuestra, gracias por haber dicho que sí, gracias Madre. Hoy queremos pedirte que nos hagas participar de tu sí, para que Dios pueda entrar de nuevo en el mundo y transformar la historia.

Que así sea



Felices Pascuas

Jueves, 25 de diciembre de 2014

Textos: Is 52, 7-10; Salmo 97; Heb 1, 1-6; Jn 1, 1-18

¡Felices Pascuas! Solemos decir así en Navidad. La primera vez que oí esta felicitación en la Navidad me sorprendió, pensaba que si la Pascua era en semana santa, en la vigilia pascual del domingo de Resurrección, ¿cómo es que ahora en Navidad nos felicitamos las *Pascuas*? Y además los hacemos en plural.

Pero a lo largo de la historia, uno descubre que **en la tradición se habla mucho de la Pascua de Navidad**. Y ¿por qué en Navidad se habla de Pascua? Porque la palabra “*pascua*” es decisiva para el cristianismo. **Dios ha dado un paso**, no sólo uno sino varios pasos, de ello nos ha hablado el Evangelio de hoy, donde hemos escuchado el misterio que está detrás del entrañable nacimiento del Niño Jesús, **ese que vemos hecho niño es Dios hecho hombre**.

Cuando hablamos de *Pascua*, normalmente, nos referimos al paso de Cristo de este mundo al Padre, a través de la pasión y muerte hasta la gloria de la resurrección y su entrada en el Cielo. **Pascua** significa **paso**, por lo tanto, hay una Pascua de Navidad, es el **paso** en el que el Hijo de Dios –*siendo Dios desde siempre y para siempre*–, en un determinado momento se encarna, se hace hombre. Es el momento del “sí” de María, el Espíritu Santo encarna al Hijo de Dios en las entrañas virginales de la Madre de Dios y Madre nuestra.

Y ¿cómo entender esta Pascua de Navidad? ¿por qué Dios salta del Cielo a la tierra? ¿Por qué se le ocurre a Dios esta feliz idea de venir a vernos? San Agustín⁽¹⁾ lo ha expresado de una manera maravillosa. San Agustín dice: «**Dios se ha hecho hombre por ti. Por ti precisamente Dios se ha hecho hombre. Busca méritos, busca motivos, busca justicia, y dime si hay algo que no sea gracia, que no sea amor**».

Ciertamente a san Agustín, que es un converso, primero le costaba entender que fuéramos tan importantes para Dios y, segundo, él comprendió que si eso era así, **su vida tenía que cambiar**, y eso le costaba mucho, al final fue el motivo que más le costó para convertirse.

Hoy tenemos que ir, como los pastores delante del Niño Jesús, y decirle: «**¡es tan impresionante, Señor, que me cuesta creerlo!**» El Señor te dice: «**me ves, estoy aquí y tienes que creerlo porque te lo digo con hechos**». Y el Señor lo sigue haciendo así ¿cómo? **En la Eucaristía**, vuelve a hacerse presente dentro de unos minutos, y lo vuelve a hacer de la misma manera, sin hablar, con hechos. Y te dice en el altar: «**Aquí estoy por ti, porque te quiero**».

En la Pascua de Navidad la Iglesia, desde el principio, canta “**el admirable intercambio**”: **Dios se hace hombre para que el hombre se haga Dios**. Pero, para que el hombre sea lo que Dios sueña para él tiene que salir de su estado de pecado, de alejamiento de Dios, de confusión, de ignorancia, de error, de mentira, del mal.

San Agustín dice: «**Qué hubiera sido de ti, si Dios no se hubiera hecho hombre. Hubieras perecido, y tienes que estar eternamente agradecido al Señor**». Pero el Señor que nos ha salvado no nos impone la salvación, por eso necesitamos celebrar y vivir, al menos una vez al

año, la Pascua de la Navidad, porque que Dios se ha hecho hombre es un misterio que permanece siempre. Y necesitamos celebrar la Navidad para realizar la segunda parte: **para que demos el paso de nosotros a Dios**, es la segunda parte de la Navidad, **Dios se hace hombre para que el hombre se haga Dios**. No podemos llegar a Dios por nosotros mismos, es imposible, solo Él nos puede llevar a Él, pero Dios que nos quiere llevar a Él no puede hacerlo si nosotros no queremos.

Y ¿qué es lo fundamental para que esto pueda suceder? El Señor nos lo ha explicado con el ejemplo de la Virgen María. ¿Cómo hacemos *pascua-paso* y salimos de nosotros mismos a Dios? **Acogiendo a Jesús en nuestro corazón y en nuestra vida**. Miremos a María que es la que ha permitido que el Señor se haga hombre, es la que ha sido santificada y llena de Dios desde el mismo instante de su concepción. **Ella ha ido pasando de “paso a paso” de “pascua a pascua”, hasta que ha sido glorificada por el Señor.**

Señor Jesús, gracias te damos cada uno de nosotros por haber venido del Cielo a buscarnos. Gracias, Jesús, porque te has hecho hombre por mí, gracias por haber venido a compartir nuestra vida, a hacerte uno de nosotros. Gracias, Señor, porque has querido hacerte como yo para que yo me haga como Tú.

Ahora Señor, conquista mi corazón, derriba mis miedos, enséñame y ayúdame Señor, para que saliendo de mí yo pueda llegar hasta ti.

Que así sea



⁽¹⁾ San Agustín, sermón 185 “La verdad brota de la tierra y la justicia mira desde el cielo”. Oficio de lectura, Liturgia de las horas, 24 de diciembre.

San Esteban, protomártir

Viernes, 26 de diciembre de 2014

Textos: Hch 6, 8-10;7, 54-60; Salmo 30; Mt 10, 17-22

La Iglesia celebra hoy, después del día de Navidad y desde hace muchos años, la fiesta de san Esteban, el primer mártir cristiano, el primero que dio la vida por confesar la fe en Cristo. En este día quisiera destacar dos cosas.

Primero, estamos contemplando el nacimiento de Jesús que se ha hecho hombre porque nos ama, y en la vida de san Esteban vemos hasta donde llega ese amor. Cuando el hombre se deja amar por Dios, vemos cómo el hombre puede amar a los demás como hermanos de veras, y el hombre es capaz de dar la vida amando a los hermanos, aunque los hermanos le maten.

Esto es lo que impresiona en san Esteban, ver cómo acaba muriendo, orando e intercediendo por aquellos que le matan por creer en Cristo y por hablar de Cristo. Esto es una gracia que tenemos que pedirle al Señor de corazón, que si celebramos la Navidad y contemplamos el amor que Dios nos tiene, aprendamos a amarnos y mirarnos los unos a los otros, cada vez de una manera más de Dios. Que aprendamos a descubrir y a mirar al otro como Dios nos ve y nos mira.

Esa mirada y **ese amor de Dios lo descubrimos**, sobre todo, **en el pesebre y en la cruz**. Jesús **hecho Niño en el pesebre**, nos está diciendo que se ha hecho hombre porque nos ama. Y **en la cruz** nos dice hasta qué punto nos quiere, porque deja la vida por amor a nosotros.

Y segundo, san Esteban cuando muere, reza igual que rezó Jesús en la cruz, dice: **«Señor, a tus manos encomiendo mi espíritu»**. El Señor en la cruz dijo: **«Padre, a tus manos encomiendo mi Espíritu»**. Y estas son, también, las palabras con las que hemos respondido al salmo responsorial. ¿Qué nos está diciendo el Señor? Mirad, que siempre que estemos en dificultad, que lo pasemos mal o que estemos en un momento difícil, tenemos que aprender a volver nuestro corazón a Dios y a encomendarnos a Él.

Ciertamente la oración es una experiencia preciosa, si rezamos de corazón experimentaremos cómo la oración nos conforta realmente en nuestra vida, en todas las cosas tenemos que confiar siempre Dios. Y esta oración que hace el Señor al final de su vida, es una oración que tenemos que aprender a hacer todos los días, en cada circunstancia, en cada situación, decir: **«Señor, a tus manos encomiendo mi espíritu»**, **«Señor, confío en ti»**, **«Señor, en esta situación en la que lo estoy pasando mal, Señor, confío en ti, me pongo en tus manos»**.

Señor, queremos pedirte que en este día de san Esteban, nos des la gracia de aprender a amarnos de corazón, y que aprendamos a confiar en ti en todas las circunstancias.

Que así sea



SAN ESTEBAN, (s.I) protomártir, primer mártir cristiano. Fue uno de los siete diáconos elegidos por los Apóstoles, poco después de la Ascensión, para el servicio de la comunidad de Jerusalén.